JOSEFINA ACOSTA

HISTORIA DEL LIBERTADOR

VIDA DEL GENERAL SAN MARTIN PARA LOS NIÑOS

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO
Y
BANCO DE BOSTON

JOSEFINA ACOSTA

HISTORIA DEL LIBERTADOR



Capitán General D. José de San Martín
(Litografía de Madou; Bruselas, 1828)

JOSEFINA ACOSTA

HISTORIA DEL LIBERTADOR

VIDA DEL GENERAL SAN MARTIN PARA LOS NIÑOS

CUARTA EDICION

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO
Y
BANCO DE BOSTON

BUENOS AIRES - 1978

El mejor homenaje que podemos brindarle al general San Martín en el bicentenario de su nacimiento, quizás consista en difundir entre las nuevas generaciones de argentinos —los que empiezan a deletrear, en las aulas, los heroicos pasajes de nuestra historia—, los rasgos más sobresalientes de la vida del prócer, tal como aparece diseñada en la presente obra de Josefina Acosta, enteramente consagrada a la docencia después de haber obtenido los títulos de Maestra Normal Nacional y Profesora de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial de Letras.

Este es el motivo por el cual el Banco de Boston, en colaboración con el Instituto Nacional Sanmartiniano, haya resuelto auspiciar la reedición de "Historia del Libertador" de la mencionada educacionista y escritora, seguro de contribuir así al mejor conocimiento de una personalidad que inspiró esta obra "estupenda por dos razones: primera porque es amena y por eso tiene que despertar el interés de los niños, y segunda porque usted ha puesto empeño en relatar lo fundamental, que es lo que importa, porque en ello la coincidencia es general, desechando lo que puede prestarse a especulaciones que sólo sirven para confundir", según las palabras del Tte. General Pedro F. Castiñeira.

Por su parte el Dr. José María Velasco Ibarra (ex-Presidente del Ecuador), manifestó a la autora: "su libro prestará magníficos servicios a la juventud argentina, tan digna de sus héroes históricos". Y el Presidente de la Academia Argentina de Letras, Dr. Angel J. Battistessa, expresó en su oportunidad: "su síntesis de la vida del Gral. San Martín, para los niños, me parece excelente, sobria, vivaz y en todo adecuada a las mentes juveniles".

Queda hecho el depósito que previene la ley Nº 11.723

MISIONES
1778

Hace muchos años, era teniente gobernador de los pueblos Indios de las Misiones D. Juan de San Martín, quien en Yapeyú ocupaba con su familia un caserón cómodo y sombreado.

Esa tarde del 25 de febrero llamó a sus hijos María Elena, de seis años, Manual Tadeo, de cinco, Juan Fermín, de cuatro, y Justo Rufino, el menor.

—Tenéis un hermanito nuevo —les anunció—. Está en la cuna. ¿Queréis venir?

Entreabrióse el leve tul y los niños se asomaron para conocer al infante, que dormía profundamente.

Manuel preguntó:

—Padre, ¿cómo es su nombre?

—José Francisco.

—Me gusta que sea varón —sostuvo el hermano—, así seremos más para jugar.

—¿Para jugar a los soldados? —interrogó María Elena.

—Sí —intervino Manuel Tadeo—, a los soldados de verdad, como los que sirven al rey. ¿No es así, padre?

A Dios y al Rey —repuso D. Juan.

●

D. Juan de San Martín era un pundonoroso y valiente oficial del ejército español que al llegar al Plata tenía ya cuatro campañas en Marruecos.

El gobernador de Buenos Aires, D. Juan José de Vértiz, le llamó cierto día y le dijo:

—Debéis marchar cuanto antes a Yapeyú. Todo está allí abandonado desde que faltan los jesuitas. En aquellos límites urge contener a los portugueses y reorganizar los pueblos de las misiones.

—Lo que disponga Vuestra Merced será cumplido —confirmó D. Juan.

—Sí; militares que no se perdonan fatigas ni trabajos necesita el Rey. Vuestro comportamiento en la Calera de las Vacas os honra.

—Gracias, señor por vuestro elogio —musitó D. Juan—. Disponed de mí.

Y apenas iniciado el año 1775 partió D. Juan rumbo la selva correntina.

●

Manuel Tadeo, como hijo mayor, solía tener conversaciones con su padre.

—Cuéntame de los moros, cuando tú peleabas en Marruecos.

Y el soldado de España refería una vez al niño, los emocionantes episodios de la lucha en el suelo africano.

—Padre, ¿por qué viniste a Buenos Aires?

●

En aquellos tiempos, la ciudad y los campos de Buenos Aires pertenecían a los Reyes de España.

La ciudad era modesta y apacible. No conocía el deslumbramiento del oro ni la plata. Los barcos cargaban productos de la tierra: cueros, astas, crines, sebo. Casi todo para pagar las contribuciones al Rey.

La yerba mate y el tabaco suplían la escasez de moneda en el comercio del país.

En algunas ocasiones, arribaba un buque de ultramar.

El acontecimiento conmovía alegremente a los habitantes.

Las señoras pensaban en las telas y en el ajuar para la casa; los hombres, en los periódicos y noticias; los comerciantes, en la última novedad para sus tiendas; el gobernador, en las órdenes de los Reyes y movimiento de funcionarios; y todos, en las cartas de parientes y amigos.

●

—Padre, ¿por qué viniste a Buenos Aires?

D. Juan permanecía pensativo.

A las ciudades suntuosas de América prefirió la villa amodorrada, de calles oscuras como boca de lobo, fangosas e intransitables en los días de lluvia. ¡Esa villa sin lustre y sin caudales

¿Supo, acaso, que los aventureros y los indios la maltrataban y robaban?

¿O que recrudecían los ataques de los portugueses?

D. Juan de San Martín era un aguerrido soldado, un noble caballero.

Tal vez por eso amó la villa indefensa y quiso ser su paladín.

●

Pero el gobernador de Buenos Aires dispuso que marchase a Yapeyú.

Ese antiguo pueblo de indios, antes floreciente y poblado, estaba en ruinas. Los naturales, temerosos, se habían refugiado en los bosques. Ya no se oía en los talleres el murmullo del trabajo, ni alegraban sus músicas y coros. Las casas y los templos, invadidos por los yuyales, entristecían corazones.

Una difícil y sacrificada tarea debía emprender el nuevo gobernante.

●

—Elenita —ordenó Da. Gregoria Matorras—, dile al ama que prepare la cuna para dormir a José y vosotros disponeos, porque vendrá el P. Antonio y os dará doctrina. Ven, hijo, vamos a repasar los mandamientos de Dios.

—Madre —repuso Manuel—, quisiera ir a la Parroquia con mis compañeros. Aquí me canso. Allá es muy lindo; el Padre nos cuenta historias y luego de las oraciones nos permite jugar a la pelota.

—Te descalzarás como el otro día...

—Es sólo para jugar madre. ¿No has visto que los guaraníes la rebotan con el empeine del pie? Yo quiero ser diestro como ellos.

—Ellos sí, pero tú volverás llagado...

—No, madre. La pelota es tan liviana que no parece maciza y tan saltarina que los rebotes se hacen solos. ¿Me dejas ir?

—Mira a tu hermano Juan... Ya quiere seguirte.

—Yo lo cuidaré y no le pasará nada. ¡Si supieras cómo se alegra el Padre cuando vamos a la Parroquia!

—Hijo, anda, y no des trabajo.

●

—Bien, mis amados niños —continuó el P. Antonio—, os contaré la historia de Yapeyú, el pueblo donde vivís.

"Hace muchos años los guaraníes eran salvajes. Moraban en los bosques, sin conocer a Dios y tenían costumbres primitivas. Por otra parte, sabían ser sufridos y hospitalarios. Guaraní quiere decir guerrero, y a fe que se comportaban con tal valor y arrojo que las otras tribus les temían. Pacientes para soportar el hambre y las dolencias, admiraban por sus rasgos de generosidad y, en ocasiones, se olvidaban de sí mismos para ceder a otras tribus alimentos y recursos, aunque después nada quedase para ellos."

El relato interesaba vivamente a los indiecitos; también a Manuel y a Juan. El Padre prosiguió:

"Los Reyes de España, al saber que los guaraníes continuaban viviendo como salvajes, se alegraron cuando los sacerdotes jesuitas quisieron venir a estas tierras para convertirlos a la religión católica y enseñarles a vivir como hombres.

"La tarea fue muy dura; los indios no querían convertirse. Temían a los españoles y huían de los encomenderos crueles y codiciosos. No querían ser esclavos, y ante esa sola idea escapaban despavoridos.

"Había entonces que hacerles comprender que los misioneros no deseaban quitarles las libertad ni sujetarlos a servidumbre, sino hacerles conocer, amar y servir al Dios verdadero.

"Era muy difícil la conquista de las almas."

●

"Los sacerdotes se internaban en la selva, solos, en busca de las temibles tribus. No tenían más defensa que su fe y la cruz de N. S. J.

"Andaban a pie, andrajosos, sin comer o alimentándose de raíces, abatidos por el clima o enfermos. Aprendían la lengua de los guaraníes, los trataban con dulzura, los asistían y curaban; les hablaban de Dios, Creador y Padre amoroso de los hombres."

●

"Entre estos sacerdotes que amaban con profundo amor a los guaraníes, había un joven criollo, Roque González de Santa Cruz, nacido en Asunción del Paraguay, de ilustre familia, emparentado con Hernandarias.

"Este fervoroso misionero, acompañado de indios fieles, se introdujo en lo más salvaje de la selva correntina, hasta donde nadie se animara (dicen las crónicas), ni los soldados del Rey. Desafió la furia de las tribus hostiles y asistido por la gracia del Cielo levantó una de las más fecundas comunidades de indios: Yapeyú."

●

"La temeridad con que Roque González recorría los dominios del mago Nezú, causaba el espanto de españoles y guaraníes.

"Pero él quería convertir más y más gente a la fe de Dios.

"Por último cayó prisionero, y los indios que él amaba tanto le quitaron la vida.

"Este fue, mis amados niños, el fundador de Yapeyú: el primer mártir de las misiones jesuíticas de la gobernación de Buenos Aires.

"Sólo se conserva su corazón incorrupto, símbolo de su caridad y de su coraje."

●

"Yapeyú tiene, también, otro bonito nombre, elegido por su fundador, que así lo bautizara: Nuestra Señora de los Santos Reyes.

"¡Ojalá que su protección ampare esta tierra y sea fecunda la sangre de Roque!"

●

"Yapeyú se convirtió en la comunidad más rica y poblada.

"En manos de los Padres, los indios fueron virtuosos.

"Se levantaban con la aurora y luego de rezar iban a sus labores. Quien a la huerta, a ver su tabaco, o su mandioca, o sus pepinos; quien a vigilar el abundante ganado; quien a pintar el templo o a componer un arpa; quien a distribuir la harina o las telas; quien a considerar los negocios e intereses de la importante villa."

●

"Pero en triste hora los Reyes de España ordenaron a los misioneros se retiraran de las reducciones.

"Inmensa desventura y confusión sufrieron los guaraníes.

"Al encontrarse sin sus protectores, volvieron a la vida salvaje. Ya no hubo más días de provechosa labor, ni danzas y cantos inocentes, ni hogares pacíficos y piadosos.

"Así, desolado, encontró este pueblo el teniente gobernador D. Juan de San Martín. Esta es la historia de vuestro pueblo, amados niños."

•

Cinco años hacía que D. Juan de San Martín gobernaba en Yapeyú. Cierta mañana, dos regidores del Cabildo sostenían la siguiente conversación:

—El teniente gobernador ha presentado una nota en la cual solicita un certificado sobre su conducta de funcionario.

—¿Acaso se está por retirar?

—Así parece. Tengo entendido que desea regresar a España.

—¿Lleva mucho tiempo en América?

—Tres lustros.

—¿Y cuál será el motivo de su renuncia?

—Está preocupado por la educación de sus hijos. El mayor de los varones acaba de cumplir los ocho años.

—¡Cuánto se lamentará su partida! Los indios perderán un protector honrado.

—A la verdad, no es común encontrar hombres como D. Juan de San Martín. "NINGUN VECINO TIENE QUEJA QUE ALEGAR EN SU CONTRA".

—Así es. "PUES HA MIRADO POR NUESTROS ASUNTOS CON AMOR Y CARIDAD".

—Por otra parte, con su batallón de aborígenes, bien ha contenido las tentativas de los portigueses.

—¡Es lástima que deba partir!

•

En efecto, raras virtudes distinguían al teniente gobernador de Yapeyú. Ante todo, una actitud modesta y sobria. Luego, un espíritu ecuánime, un corazón esforzado, una volutad infatigable, una honradez sin mácula y un delicado sentido del honor.

•

Hacía tiempo que D. Juan proyectaba volver a su país.

A principios del año anterior, al conocer su ascenso a capitán, dispuso que su familia partiera rumbo a Buenos Aires y allí lo esperara.

Así que pudo entregar el mando, reunióse con los suyos y tiempo después se ultimaban los preparativos para el viaje.

•

Los niños se habían empeñado en llevar los obsequios de las amistades de Yapeyú.

María Elena no quiso desprenderse del guacamayo, parlanchín, rojo y azul; Justo vigilaba una vistosa piel de yaguareté y los otros envolvían con esmero las armas indígenas con las que pensaban asombrar a los parientes y relaciones.

•

A punto de partir, José, el menor de todos, cumplía seis años.

Era su porte digno y natural; su rostro moreno, por el cual mucho más tarde le llamarían "el indio de Misiones"; los ojos rasgados, retintos y brillantes observaban con seriedad, a la vez que su corazón de niño se retrataba en el simpático gesto de la sonrisa.

No podemos suponer que la madre lo amara más que a los otros; sin embargo, su comedimiento, juiciosidad y gusto por el orden lo convertían en un hombrecito encantador.

Al fin llegó la hora de zarpar. Por última vez miraban las costas de América y se despedían del Puerto de Nuestra Señora del Buen Aire, acaso para siempre.

Alejábase el buque y el mar los separaba poco a poco de la tierra donde habían nacido todos los hermanos, la tierra de la niñez en el hogar misionero, la tierra que más adelante clamaría con su voz poderosa.

MALAGA
1779

Sentados en sendos sillones, D. Juan y su mujer conversaban.

—¿Qué dices, Gregoria, de los deseos de José?

—El ejemplo del padre y de los hermanos puede mucho. Todos han preferido la carrera de las armas...

—¿Por qué no le disuades?

—¿Crees que no lo he intentado? Por única respuesta, calla; o me da un abrazo y un beso.

Parecería inútil contrariarle...

—Pero es un niño... Apenas tiene once años.

—Un niño que, a veces, nos parecía demasiado serio.

•

—Tres meses después de esta conversación, José Francisco, acompañado por su padre, se presentaba en el cuartel del regimiento de Murcia y vestía el uniforme blanco y celeste de los cadetes.

¡Blanco y celeste como la Bandera de la Libertad que más tarde juraría servir en América!

●

El niño cadete recibió su bautismo de guerra en Africa, combatiendo contra los moros. Tenía trece años. Con los de su guarnición, resisten más de un mes el fuego, el hambre y el insomnio, hasta que la plaza es un montón de ruinas. Así se templó el cadete de Murcia.

Llega la hora en que Napoleón pretende subyugar a España y llega la hora en que España lucha por su libertad. Es el mismo pueblo el que se irrita y sale a combatir.

A su lado, el criollo de Yapeyú toma partido por la causa de España. le doblan en número. Ha recibido la orden de atacar y obedece. La carga es intrépida. Los contrarios huyen y en su fuga pierden los morriones.

Pero el criollo de Yapeyú casi rinde su vida.

¡Ay si no hubiera sido el soldado Juan de Dios! Al ver en riesgo a su comandante, interviene y lo salva.

Como algunos años después sucedería en San Lorenzo con el otro Juan, el de Corrientes.

●

En este combate de Arjonilla, todos los valientes merecieron un escudo de honor y D. José de San Martín fue honrado con los galones de capitán.

●

Pocos días transcurren y la causa de la libertad consigue, entonces, lo que ningún otro país había logrado aún: la derrota de las águilas imperiales francesas en el suelo español. Esto es lo que significa el triunfo de Bailén.

Aquí nuestro flamante capitán obtiene en el campo de lucha las insignias de teniente coronel y se hace acreedor a la medalla de oro de los héroes.

●

Nuestro hombre de América ha cumplido con España. España le nutrió con los ásperos jugos de Asturias y de Castilla y le armó caballero de Dios y de la Patria.

Como Pelayo:

Antes la libertad y después el Rey.

Como el Cid:

Antes la justicia y después el Rey.

Como Isabel de Castilla:
Antes Dios y después la Reina.

Como Carlos V:
Antes Dios y después el Estado.

Como Felipe II:
Antes la Fe y después el Rey.

●

ANTES LA CAUSA DE AMERICA
y después la gloria
del Héroe

●

Alarmantes rumores provenían del otro lado del mar.
SE CONMUEVEN DEL INCA LAS TUMBAS
También América quería ser libre.
Y el gran criollo escuchó la voz de su terruño:
persuasivo y melodioso como el canto guaraní;
viril y alegre como la música del gato;
entrañable como el estilo de la pampa;
señoril como el minué de los salones;
brava y retadora como el malambo de los vivaques.

●

Y cierto día, junto con varios amigos que pensaban y sentían como él, se embarcó en la fragata *"George Cánning"*, con destino a Buenos Aires.

BUENOS AIRES 1812

En una de las salas del Fuerte, dos funcionarios discutían de este modo:

Lo grave es que se le ha concedido de golpe demasiado mando. ¡Cómo es posible que se entreguen a una persona sin arraigo las fuerzas y las armas!

—Tengo entendido que don José de San Martín es un hombre de honor.

—¿Pero no piensa usted que es algo extraño el arribo de este militar? Sin familia, sin vinculaciones, sin intereses. ¿Qué se propone aquí?

●

¿Qué se proponía? No era un misterio. Ya lo había declarado con sencillez y firmeza:

Ponerse al servicio de la revolución.

●

Traía sobre su frente el lauro de los que luchan por la libertad de los pueblos.

Proponíase blandir en el Nuevo Continente el sable de Bailén y continuar la obra eterna de España, engendradora de hombres libres.

●

VOY EN POS DEL DESTINO QUE ME LLAMA

●

Veintisiete años había durado su ausencia.

Volvía solo, sin más fortuna que su espada.

No era un soñador ni un ambicioso; sino un caballero a la manera de Rodrigo, un cruzado de la causa de América.

Hijo del espíritu de España.

Adelantado de la libertad.

●

Ocho días llevaba en Buenos Aires el Tte. Cnel. D. José de San Martín. Habíase empeñado en convencer a las autoridades y personas notables sobre la importancia de proclamar cuanto antes la independencia y decir al mundo que un ejército de hombres libres estaba en pie para sostener esa proclamación.

> *"Hasta hoy las Provincias Unidas han combatido por una causa no proclamada... preciso es que nos llamemos independientes para que nos conozcan y respeten."*

El gobierno, pues, de conformidad con el parecer unánime, dispuso que se organizara el Regimiento de Granaderos a Caballo y nombró su Comandante al Tte. Cnel. D. José de San Martín.

●

Don José de San Martín era un militar y un patriota. No quería cobardes entre los suyos, sino leones.

Quería subordinados firmes en el rigor y leales a sus jefes.

No quería jóvenes serviles, sino altivos y celosos de su fama.

CORAJE - DISCIPLINA - HONOR

Así se forjaron los Granaderos de San Martín.

●

En los Cuarteles del Retiro un recluta monta guardia. Es Serapio Taperoví, de Yapeyú.

La voz del sereno que anuncia las horas, rompe a la distancia la soledad del centinela.

De pronto, aparece un embozado.

—¡Quién vive! —y el fusil relampaguea en la noche.

—Hombre de paz. Escucha, soldado, déjame pasar sin que me vean y esto será tuyo.

Así diciendo, el desconocido hacía rebrillar una onza de oro.

La sangre se agolpa en el rostro del recluta:

—¡Atrás o disparo!

Al grito del centinela, que entremeció los aires como un clarín, la guardia acude en auxilio.

Pero el embozado, sin perder un minuto, monta sin estribar y huye a favor de las sombras.

●

Esa mañana, el Comandante del Regimiento mandó comparecer a Serapio Taperoví.

—Sé que te han querido sobornar anoche... y que te has portado con valor. Recibe esta onza de oro...

Clavó el jefe su mirada de fuego en los ojos del recluta:

—Y otra vez cuida que no se te escape el insolente.

●

Así probaba el Comandante de los Granaderos, el temple de sus hombres.

LOGIA DE LAUTARO 1812

—Unámonos —afirmó el joven Alvear—, todos los hombres dispuestos a combatir por la libertad de la patria y de América.

—Unidos —repuso el comandante San Martín— seremos invencibles.

—Con orden y disciplina se salvará la causa.

—Juremos proceder con justicia y con honor.

Establecióse, de este modo, en Buenos Aires, la sociedad secreta que se llamó *"Lautaro"* en memoria del indio de sangre araucana que prefirió la muerte a la esclavitud.

●

En agosto de 1812, el comandante en jefe de los Granaderos a Caballo había obtenido de la autoridad la correspondiente venia para contraer matrimonio.

—Mis felicitaciones, comandante, por su próxima boda. Remeditos es una alhaja.

—Así lo considero.

—¿Se ha fijado ya la fecha?

—El 12 de setiembre.

—Usted sigue el ejemplo de su padre, que se casó en América.

—Ciertamente, Dr. Chorroarín, no se imagina usted la profunda satisfacción que me causa poder fundar mi hogar en la tierra de mi nacimiento y con una joven tan virtuosa como la señorita de Escalada.

•

—Luego de comulgar, los prometidos esposos recibieron la solemne bendición en la Misa de Velaciones.

Todo Buenos Aires los quería ver: la niña, tan airosa y el novio, tan gallardo, con su uniforme de gran gala.

•

El pueblo de las Provincias Unidas del Río de la Plata recibió con júbilo las leyes de la Asambea de 1813.

Leyes de libertad y de justicia.

El ideal de América se afirmaba y en los sables de los Granaderos refulgía la antorcha de Mayo.

•

En Montevideo gobernaban los españoles y las tropas de Buenos Aires los habían sitiado por tierra.

—Capitán —ordenó Vigodet, Gobernador de la Plaza—se nos han concluido las provisiones. Que preparen la escuadrilla y nos traigan carne, verdura y todo lo que se pueda comer.

—Bien, mi general.

•

La escuadrilla de Montevideo asaltaba las poblaciones indefensas de la costa del Paraná.

Crecía la inquietud de los vecinos, horrorizados por el crimen y el despojo. Esa conducta reprochable, merecía ser castigada.

El gobierno de Buenos Aires carecía de fuerzas navales. Sólo el Regimiento de Granaderos a Caballo se encontraba en condiciones de afrontar la lucha. Y su Comandante recibió la orden.

•

Orillas de San Nicolás, en un paraje denominado "El Mirador", donde la punta de la barranca se introduce en la corriente; desde donde se contempla sin estorbo el abierto límite Sur del Paraná, el viejo y honrado pescador Mendoza platicaba con su hijo.

—Me han asegurado que los godos tienen otra vez ganas de chirigotas...

—¿Qué dice, tata?

—Eso mismo... Que se nos echan de nuevo... ¡Pardiez! ¿No es aquélla la escuadrilla?

—¡Ellos son!

Ambos permanecieron absortos.

Algunos pasos detrás, entre los matorrales, un hombre de poncho y chambergo de paja, miraba atentamente el río.

De pronto, Mendoza exclamó:

—¡Es que el gobierno dejará que nos maten y nos roben hasta el día del juicio!

Una voz desconocida repuso entonces:

—Le aseguro a usted que será la última broma que se permitan con estos pueblos.

Y era el mismo San Martín el que acaba de contestarle.

●

En galopes nocturnos, a fin de no ser descubierta, siguió avanzando la tropa hasta observar que la escuadrilla fondeaba frente a San Lorenzo.

●

Mientras tanto, la incertidumbre se adueñaba de los hogares criollos.

—No te aflijas, Remeditos, irá todo bien.

—Anoche, con el extraordinario para el Gobierno, San Martín me mandó unas líneas para tranquilizarme...

—Todo irá bien; Nuestra Señora de las Mercedes te ayudará. ¿No se lo has pedido?

¡Carmencita! Ya no sé qué ofrecerle...

—Con nuestros maridos militares siempre viviremos en zozobra.

—Mientras se trate de la libertad de la patria tendremos fuerzas para soportarlo todo...

●

Había llegado la hora en que el clarín de los cuarteles vibrase en la pelea.

Había llegado la hora del honor.

"¡Soldados!: demostraremos en el combate que los sacrificios y las esperanzas de nuestros compatriotas no han sido inútiles".

SAN LORENZO 1813

La carga de los granaderos es decisiva y veloz como el rayo.

Luchan a sable desnudo sobre la misma boca de los cañones.

Uno contra dos. Hipólito Bouchard toma el estandarte hispano.

Los godos se precipitan hacia la barranca.

La victoria se define.

Súbito, una bala de cañón enemigo deja sin caballo al teniente coronel D. José de San Martín, a quien el animal, sin vida, aplasta y aprisiona en tierra.

Desmonta el granadero Juan Bautista Cabral y sus camaradas próximos circundan al caído y al soldado que consigue, por fin, liberar al jefe.

Pero aún falta la renuncia heroica.

—¡Arriba, mi comandante! —exclama Cabral, mientras le ofrece su propio caballo.

Un granadero a pie y la muerte, son como las dos caras de la misma desventura.

Y muy alto precio pagó por su nobleza el joven de Corrientes.

—¡Viva la patria! ¡Muero contento! ¡Hemos batido al enemigo!

TUCUMAN
1814

El ejército del Alto Perú, después de los desastre de Vilcapugio y Ayohuma, se había retirado a Tucumán.

Los ejércitos que elijan el camino del Alto Perú irán a la derrota —así pensaba el general San Martín.

Nada me gusta aquí y nada se puede hacer.

Pero —alguien objetaba— la frontera del Norte tiene que ser defendida...

—Para tal propósito —respondía— basta y sobra con Güemes y sus temibles gauchos.

El futuro Capitán de los Andes enderezaba sus pensamientos hacia la ruta de la victoria:

CUYO - CHILE - PERÚ

•

—*"Ya le he dicho a usted mi secreto* —escribía a un amigo—. UN EJÉRCITO PEQUEÑO Y BIEN DISCIPLINADO EN MENDOZA... PARA PASAR A CHILE Y LUEGO A LIMA".

•

Al recrudecer los síntomas de una antigua enfermedad, obtuvo licencia del gobierno para reponerse en Córdoba.

Ya entonces, había meditado su plan y expresaba a sus amigos:

—*"Lo que yo quisiera que ustedes me dieran cuando me restablezca es el Gobierno de Cuyo."*

A los pocos meses, D. José de San Martín fue nombrado Gobernador Intendente de la Provincia de Cuyo.

Aquí comenzaba su obra inmortal.

MENDOZA
1814

—Escucha... los redobles del pregonero...

—De madrugada toca...

Madre, ¡Déjame ir!...

—Anda niño. ¡Que la Virgen nos ampare!

La ciudad se conmueve.

—¡Los godos nos invaden por la Cordillera!

Sin perder un minuto, el Cabildo ha despachado exploradores que se internan en la montaña; ha ordenado que las familias se preparen para refugiarse en San Luis y sólo queden los hombres a defender el suelo.

No hay suficientes tropas ni recursos, pero asimismo librarán la batalla.

Al anochecer, las mulas de silla y las cargueras se van aprontando para el triste viaje. Los niños, ancianos y mujeres comienzan a despedirse con inquietud y aflicción.

Al instante, las cajas redoblan otra vez.

El pueblo se estremece.

—¡Corra, m'hijo!... ¡Corra, m'hijo!

Los exploradores vienen llegando.

—¡Albricias! La Cordillera está libre¡ ¡No avanzan godos por ninguna parte!

●

Así padecía Cuyo, bajo la dolorosa amenaza.

Pocos meses después, era recibido con júbilo incontenible el nuevo Gobernador Intendente de la Provincia, Coronel D. José de San Martín.

Entre el Gobernador y sus cuyanos se forjó una amistad de bronce, fiel y heroica, nunca desmentida.

●

—Allá pasa nuestro Gobernador, Rafaela, mira qué garboso.

—¿Cómo dicen que ha estado tan enfermo?

—A la muerte...

—¡Qué extraordinario! Se diría que regala salud.

¿Y su señora?

—¿No sabes que llegará? Viene con unos amigos los esposos Corvalán.

—¡Cuánto me gustaría conocerla!

—Dicen que es agraciada... y tan atrayente como el Gobernador.

CHILE
1814

Al comenzar octubre, Mendoza padecía por el desastre de Rancagua. Los fugitivos de Chile, exhaustos y dolientes, buscaban protección en Cuyo. El heroico general D. Bernardo O'Higgins traía su alma desecha.

•

El Gobernador de Cuyo procedió con rapidez:

—Señores miembros del Cabildo y Alcaldes de barrio: urge socorrer a esa humanidad afligida. Pedid ayuda al generoso pueblo de Mendoza: comestibles, abrigo, cabalgaduras, todo hace falta y todo les será enviado sin demora. Yo mismo iré a prestarles consuelo, quisiera que vosotros también me acompañarais hasta Uspallata. Debemos confortar a nuestros hermanos de Chile en esta enorme desventura.

•

Luego, el Gobernador de Cuyo, secundado por los habitantes de la Provincia, recibió en la Cordillera, con tados los auxilios, o esta multitud que sufría, impotente, la angustia de ver a su patria otra vez bajo el dominio español.

•

En Buenos Aires se comentaban amenazantes noticias.

—Me han confirmado que ya zarpó de Cádiz la poderosa expedición con que el Rey pretende abatirnos.

—Se acerca para nosotros una terrible prueba.

—He ofrecido al Alcalde mi persona y mis bienes. Creo que es lo que corresponde.

—Sin duda. ¿Para qué conservaríamos nuestra vida y riqueza?... En verdad, de nada nos ha de valer, si primero perdimos el honor.

•

No sólo por el lado de Chile amagaban los enemigos; también sobre Buenos Aires caerían los 20.000 hombres de la expedición en viaje y las Provincias Unidas del Río de la Plata comenzarían a precaverse en defensa de su libertad y de sus derechos.

•

Se necesitaba oro y el Gobierno no lo tenía.

Una tarde, el Cabildo de la ciudad de Mendoza abría sus salones para recibir ilustres damas de Cuyo. El Gobernador expuso sus inquietudes:

—*"Gentiles señoras: conozco el celo con que miráis los trabajos de la patria y sé que nada os causaría tanta pena como no corresponder*

a vuestro propósito de sacrificio. Como las matronas romanas queréis ofrendarlo todo."

"—Remedios; da tú el ejemplo y cede tus alhajas para los gastos de la guerra. La esposa de un general republicano no debe lucir objetos de lujo cuando la Patria está en peligro; con un simple vestido estarás más elegante y te amará más tu esposo."

Ante numeroso concurso, la señora del Gobernador despojóse de sus joyas, y de la msima manera, las demás damas.

Muy luego, la platería, tesoro de los hogares, también fue entregada al Gobierno.

●

El respetable vecino D. Pedro Vargas, tuvo una entrevista con el Gobernador de Cuyo.

—Señor Vargas: aquí en Mendoza se dice que usted es "godo", pero yo estoy seguro de que usted es un firme patriota y por eso lo he llamado, para que preste un importante servicio a la causa.

—Me conmueve, Señor, que usted no dude de mí, con la fama que me han creado y estoy dispuesto a prestar ese importante servicio como hombre de bien.

—Se trata de una tarea difícil:. averiguar los planes de los jefes españoles en Chile, el número de sus fuerzas y traer toda información para nuestra campaña libertadora.

—¿Y cómo tendré que obrar?

—Amigo Vargas: ¿está usted dispuesto a pasar por un traidor, por un ser indigno y despreciable

—¿...?

—Está usted dispuesto a sufrir multas, persecución y cárcel? ¿Está usted dispuesto a ser repudiado por su esposa, por su familia y por sus amigos?

—Sí, señor, estoy dispuesto.

—Bien; deberá uted fingirse "godo" y hablar horrores de mí, sostener que soy un "tirano" y que tarda la hora en que todo esto concluya. Obtenga las informaciones que son imprescindibles y sin las cuales ningún ejército se atrevería a cruzar la imponente cordillera.

Y Don Pedro Vargas, patriota fiel, comenzó su martirio. Todo lo soportó en silencio y con admirable entereza. En parajes ocultos se veía con el General San Martín y le proporcionaba los preciosos datos.

●

Concluída la campaña de Chile D. Pedro Vargas recibió el grado de Teniente Coronel del Ejército de los Andes y su General en Jefe se paseaba con él en los lugares públicos para demostrar que el ilustre cuyano era su amigo dilecto.

●

—Entérate, Remedios, de este oficio que me llega de Buenos Aires.

—¡Qué sorpresa! ¡Te nombran Coronel Mayor!

—Sí, es una sorpresa.

—¿Me permites? Yo creo que te lo mereces y si pudiera decirto todo lo que pienso...

—Dilo sin reparos.

—No hay militar más competente ni más sacrificado que tú.

—Sólo el cariño puede hacerte decir esas extravagancias, Remedios. Y sobre mi carrera ya he tomado una decisión, que deseaba comunicarte.

—Fíjate aquí, lo que respondo al Gobierno.

—"...*Debo protestar, como lo hago, que jamás recibiré otra graduación mayor, y que asegurado el Estado de la dominación española; haré dejación de mi empleo, para retirarme a pasar mis enfermos días en el retiro. Esta protesta hará un documento eterno de mis deseos.*"

....

—Todo esto quiere decir, esposa y amiga mía, que mi única ambición es la libertad de América y que no tengo consuelo más dichoso que el de mi familia y la ternura de los hijos que el Cielo me regale.

●

En la celda franciscana, ignorado del mundo, vivía un fraile jovial e ingenioso. Desde niño tuvo preferencia por la mecánica y las distintas artes. Era diligente, modesto y de fecunda imaginación. En la hora incierta y opresiva, quiso ser soldado de la libertad entre yunques y fraguas que presidieron su sacrificio memorable.

—Padre Beltrán, aquí tiene la bayeta de San Luis, bien batida como para que salga un buen paño de uniforme.

—Apilen ustedes esas "camas de quebracho y esos herrajes".

—Pásale unto a esa montura.

—¡Aviva ese hornillo!

—Aquí están anotados los cueros y las maderas de la última arria.

—Alcánzame el molde de las ojotas.

—Descarguen el salitre y el azufre. Hay que avisar al ingeniero Álvarez Condarco.

—Ventura, vuelve a fundir este cañón.

—Que los ponchos y las mantas se recojan en este cobertizo.

Y el Director de la Maestranza y del Parque, Fray Luis Beltrán, desvívese por atender a los peones y a sus trescientos operarios cuyo conjunto de herramientas, en las diferentes ocupaciones, producía una bulla ensordecedora. Con decir que al esforzar su voz, quedóse ronco para siempre.

En esta escuela de civilidad se prepararon los equipos y las armas del Ejército de los Andes.

—¡Ay!, amigo, ¡cuánto cuesta a los hombres de bien la libertad de su país! Lea usted lo que dicen de mí algunos compatriotas.

—"...*Ustedes tienen en ésa un Jefe que no lo conocen; él es ambicioso, cruel, ladrón y poco seguro de la causa, pues hay fundadas sospechas de que haya sido enviado por los españoles; la fuerza que con tanta rapidez está levantando no tiene otro objeto que oprimir a esa Provincia para después hacerlo con las demás.*"

....

—¡Maldita sea mi estrella que no hace promover sino desconfianzas! San Martín será siempre un hombre sospechoso en su país. Estamos en mayo y nada se emprende. Si Chile queda en poder de los enemigos otros dos años, se perderá, y también estas provincias. Todo lo que ahora se le pide a Buenos Aires son 1400 hombres y 30.000 pesos, que es lo que nos falta. Pero es necesario que sufra el hombre público para que esta nave llegue a puerto.

9 DE JULIO
1816

El 9 de de julio de 1816 el Congreso Constituyente declaraba, a la faz del mundo, "invocando al Eterno que preside el Universo", que las Provincias Unidas del Sud eran una nación libre e independiente.

•

Hasta dos semanas duraron las celebraciones públicas por la declaratoria de la Independencia; el solemne Tédeum, la gran parada militar, bailes, representaciones, fuegos de artificio, corridas de toros y cañas, calles decoradas con banderas, escudos alegóricos, flores, suntuosas colgaduras y alfombras.

•

El Gobernador de Cuyo deseaba una entrevista con el Director Supremo recientemente nombrado, General D. Juan Martín de Pueyrredón. El amigo íntimo de los dos Jefes, D .Tomás Godoy Cruz, la concertó en Córdoba.

Y aquellos dos hombres se juramentaron en un pacto de sacrificio por la libertad de América.

•

Poco a poco, a través de penurias, incomprensiones y dificultades, la paciencia y la tenacidad del genio conseguían vencer y abrirse paso.

•

El entonces Capitán General del Ejército de los Andes, otra vez en Mendoza dispuso la construcción de los cuarteles del Plumerillo. Era necesario forjar los héroes que habrían de cumplir tamaña empresa.

•

Faltaban seis meses para cruzar la Cordillera y en ese tiempo ajustó matemáticamente los resortes de su maquinaria de combate.

•

Amanecía. Un disparo de cañón movilizaba el campamento y conducíanse las tropas como en peligro de ataque. De seguido, se practicaban otros menesteres, y sin olvidar las oraciones, iniciaban las instrucciones del día con el solo paréntesis del "rancho".

•

El general San Martín, en persona, se ocupaba de los reclutas.

—Me han llegado estos papeles donde me cuentan que dicen los "matuchos" que nuestro gobierno es tan pobre que sólo nos compra sables de lata. Nosotros vamos a demostrar lo que es un sable de lata cuando lo manejan hombres libres.

•

Otra vez se acercaba a las tropas negras, constituidas por libertos de la Capital y del interior.

—Me escriben mis amigos que los "godos" están esperando que lleguen ustedes para venderlos por azúcar y echarlos a trabajar en las plantaciones. Pero ustedes les van a dar azúcar con estas bayonetas.

Las tropas negras raen muy estimadas por el jefe debido a su disciplina, entusiasmo, aplicación y lealtad.

•

Antes del toque de silencio, se rezaba el Rosario. Los domingos y fiestas de guardar, el General en Jefe con su Estado Mayor, los oficiales y regimientos formaban con el propósito de asistir a la Santa Misa y el sacerdote debía predicar sobre los deberes militares y patrióticos.

•

El aseo y la prolijidad, la compostura y arrogancia del soldado merecían especial atención en el Ejército de los Andes.

Reclutas andrajosos, tímidos, negligentes y desgarbados sufrían transformaciones increíbles. La causa de la dignidad del individuo, la defensa de sus derechos, la doctrina del honor y del valor, obraban en los humildes jóvenes este milagro de la patria naciente que los redimía en el ara de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

•

El Ejército de los Andes se gobernaba por austeras y rigurosas leyes.

"La Patria no hace al soldado para que deshonre con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la bajeza de abusar de esta ventaja, ofendiendo a los ciudadanos con cuyo sacrificio se sostiene."

●

"La tropa debe ser tanto más virtuosa y honesta cuanto es creada para conservar el buen orden de los pueblos, afianzar el poder de las leyes y dar fuerza al Gobierno para ejecutarlas y hacerse respetar de los malvados, que serían más insolentes con el mal ejemplo de los militares."

●

Merecía castigo *"todo el que blasfemara contra el Santo Nombre de Dios".*

Después de este primer artículo de las leyes penales se consideraban otros delitos *"porque la Patria no es abrigadora de crímenes".*

●

—Amigo mío, me hace falta para una comisión difícil.

—¡Yo, mi General!

—Deberá usted como primer punto, poner en manos del Presidente de Chile, Marcó del Pont, el Acta de la Independencia de las Provincias Unidas del Sur, para que conozca que somos una nación libre e independiente.

—Bien, señor.

—Hará usted el viaje en calidad de parlamentario. La segunda comisión consiste en que usted retenga en la memoria los detalles del camino de los Patos. Si no concluye usted en la horca o en la cárcel, estoy seguro que Marcó lo devolverá por el camino más corto, Uspallata, cuyos pormenores conservará también en la misma forma. Nada de papeles; todo en la cabeza.

Las cosas sucedieron tal como habían sido previstas y el ingeniero D. José Alvarez Condarco, proporcionó a su Jefe los valiosos informes.

●

El Ejército de los Andes necesitaba de la esclavatura de Cuyo para integrar los cuadros.

Un razonable clamor produjo la solicitud pues el comercio, la industria y la labranza se servían de sus vigorosos brazos.

A pesar de todo, se ofreció el sacrificio, y las dos terceras partes de los esclavos vistieron el uniforme del Ejército Libertador.

●

—Javier, cómo te envidio y qué orgulloso estoy.

—Mira las insignias del Regimiento Nº 8.

—¡Y qué bien te queda el traje! El amo te eligió para que vistieras el uniforme de los libres.

—Ya te llegará la hora a ti también. En la patria libre, no puede haber esclavos. ¿No ves que nuestros dos hermanitos menores ya no lo son?

—¡Lástima que no alcanzó para mí el decreto de la Asamblea del año XIII!

—No te aflijas; con tu propio oficio puedes comprar tu rescate. ¿Sabes que en el cuartel cada uno tiene que convertirse en artesano de sí mismo?

●

El General San Martín acosa a las autoridades y a los pueblos para que lo auxilien con hombres, recursos y armas.

Con tal motivo inicia una correspondencia abundante.

—*"Es menester pordiosear cuando no hay otro remedio".*

—*"Si no puedo reunir las 12.000 mulas que necesito, me voy a pie".*

—*"Que todas las mujeres cosan y todos los sastres corten".*

—*"Póngase todo empleado a medio sueldo".*

—*"Comamos con cucharas de cuerno..."*

—*"Más vale andar con ojotas y no comer pan y sufrir dos a tres años de necesidades antes que nos cuelguen y el honor nacional se pierda".*

—*"Con el ocio, la indiferencia y la molicie no se hacen soldados para la Patria".*

En una de las veces respondía jocosamente el Director General Pueyrredón:

—*"No me vuelva a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la fortaleza".*

24 DE AGOSTO
1816

En las calles y en el campo recrudecía el cierzo de las cumbres.

En la apacible estancia, un brasero de bronce mantenía la temperatura y unos gramos de benjuí embalsamaban el aire.

—¿Por qué llora la infantita?

El Capitán de los Andes tomó a su pequeña en brazos y la meció amorosamente.

Parecía, en ese momento, que no tuviese preocupaciones.

Era el 24 de agosto de 1816.

●

¿Por dónde cruzaría la Cordillera el Ejército Libertador? ¿Por el

Norte? ¿Por el Centro? ¿Por el Sur? ¿Por los boquetes más fáciles o por los dificultosos?

●

En la explanada del fuerte de San Carlos, de acuerdo con la convocatoria del General San Martín, habíanse reunido los caciques y capitanes de guerra de las tribus pehuenches.

Afuera, montados, esperaban los demás indios, mujeres y criaturas. El General San Martín, el Gobernador del Fuerte y el P. Julián, ocuparon sus respectivos asientos.

El religioso franciscano, de sangre araucana, era el intérprete. Los jefes indios con largas crenchas, el torso desnudo y pintarrajeado, alerta sus armas, oían con suma atención.

El P. Julián, en nombre del General San Martín, le pedía a sus amigos pehuenches, licencia para cruzar con el Ejército por los pasos del Sur. Les aseguró que allende los Andes, los enemigos se estaban aprontando para robar las tierras a sus tribus y destruir sus familias. El Ejército Libertador —les dijo— necesita de vuestra ayuda para atacarlos y vencerlos.

Después de quince minutos de profunda meditación, los jefes indios, a la voz del más anciano de los caciques, y a su turno, respondieron que estaban conformes.

Gran alborozo sucedió a esta unanimidad.

Los pehuenches desmontaron y depusieron sus armas a fin de entregarse por algunos días a los festines y ritos propios de sus creencias y costumbres.

●

El General San Martín había dispuesto la conferencia porque sospechaba que los indios no podrían guardar silencio y que el Presidente Marcó se enteraría muy pronto de lo tratado.

De forma que no lograban en Chile saber con seguridad por cuales caminos avanzaría el Ejército Libertador y las fuerzas españolas debilitaban sus contingentes, dispersándolos a lo largo de la cordillera.

●

Corría el mes de diciembre y se aproximaba el grandioso momento del cruce de los Andes.

El General San Martín necesitaba le trajesen desde Buenos Aires, con toda urgencia, varios cajones de fusiles, sables, carabinas y otros artículos.

Los troperos no se arriesgaban a realizar este viaje en menos de ochenta días.

El General San Martín, en medio de su ansiedad, ofreció doble tarifa por el flete además de recompensas honoríficas. Todo en vano.

—¡Adelante, amigo! Me dicen que usted me quiere hablar.

—Sí, señor. Sé que hay en la Capital una carga importante para el ejército. Me vengo a ofrecer para traerla con mis carros.

—Bien. Yo la necesito aquí muy pronto. ¿En cuánto tiempo puede usted hacer ese viaje

—En cuarenta y cinco días, señor.

San Martín se quedó pasmado y aunque no convencido, admitió el ofrecimiento.

—Le pagaré con onzas de oro.

—No, señor; este servicio es por la causa.

A los cuarenta y cinco días justos D. Pedro estaba de regreso con sus carretones y el bagaje.

Había cumplido su palabra con el asombro de las estrellas y de los paisanos.

•

Este hombre humilde, que jamás aceptó por su hazaña ninguna recompensa, fue distinguido por el General San Martín con una fiel y complacida amistad. D. Pedro Sosa, en ocasiones, mostraba con orgullo la correspondencia que solía recibir del Capitán de los Aides.

ENERO 1817

Doña Fidela y sus hijos, Pedro Fidel y Carmen se habían levantado casi al amanecer. Eran porteños y estaban en Mendoza para despedir al esposo y padre, D. Pedro Gatica, soldado de la escolta del General San Martín.

El viaje, en carreta, había sido interminable y fatigoso.

Visitaron a Pedro en el Plumerillo y allí, entre ternezas y saludos se les invitó para la importante ceremonia del día: la proclamación de Nuestra Señora del Carmen como Patrona del Ejército Libertador y la bendición y jura de la Bandera de los Andes.

La ciudad lucía de fiesta, adornada con flores, arcos, guirnaldas y gallardetes.

Ya se escuchaban las músicas militares de los regimientos que se iban ubicando en la plaza principal. .. como no querían perder nada de la ceremonia, salieron con premura. Huéspedes de Buenos Aires y también de otras provincias formaban parte de la muchedumbre.

Los niños buscaban a su padre. Ahí estaba, correctamente vestido y con figura marcial, como miles de compañeros que aguardaban la hora solemne.

—Madre, vamos a San Francisco que de allí saldrá la Santísima Virgen.

A tiempo de llegar, se organizaba la procesión y se incorporaron.

—Ya vienen las autoridades. El General San Martín y su Estado Mayor, el Clero, el Gobernador D. Toribio de Luzuriaga a la cabeza de la comitiva.

A poco, se puso en marcha.

Iba la imagen de la Virgen entre flores y cintas celestes y blancas.

El General San Martín, apuesto y grave, de riguroso uniforme de gala, conteniendo las vivas emociones de su munificente corazón.

Cumplido el trayecto, la imagen fue colocada en su sitial con toda reverencia. En esos minutos, el sacerdote bendijo la Bandera de los Andes, presentada por el General en Jefe. Sin demora comenzó la santa misa.

Luego del oficio, las autoridades se dirigieron a un entarimado donde el General San Martín enarboló la Bandera de los Andes. En ese momento, su palabra vibró firme y sonora:

—¡Soldados: esta es la primera bandera independiente que se bendice en América! ¡Jurad sostenerla muriendo en su defensa como yo lo juro!

—¡Sí, juramos! —repuso la tropa.

Doña Fidela quería retener las lágrimas, como muchos de los presentes, y los niños sentían que algo muy hermoso e inolvidable estaba sucediendo por primera vez en su tierra.

●

A continuación, el ejército, con su insignia desplegada se dirigió al Plumerillo.

Pedro Fidel y Carmen querían admirar de cerca el lábaro patrio y concurrieron también a los cuarteles, donde se había dispuesto un pabellón especial para la Bandera de los Andes y su guardia de honor.

Poco después, el ejército formó nuevamente en orden de parada a fin de que jurase el Estado Mayor, oficialidad y regimiento.

Con esta ceremonia se dio por concluida la feliz jornada.

●

"Lo que no me deja dormir no son los enemigos que nos esperan del otro lado de los Andes, sino estas inmensas moles que tengo que atravesar".

●

"¡Ya estamos en capilla para nuestra expedición".

●

"Para el 6 de febrero estaremos en el valle de Aconcagua, Dios mediante, y para el 15 ya Chile es vida o muerte".

A estas confidencias del General respondía el amigo magnánimo, D. Juan Martín de Pueyrredón, Director Supremo:

—*"Me dice que todo está listo".*

—*"Yo estoy con un miedo tan grande... por la importancia misma de la empresa".*

"¡Ojalá sea usted oído por nuestra Madre y Señora de las Mercedes!"

Así se confortaban y se ayudaban estos dos valerosos y nobles argentinos en un trance de tanta gravedad para la vida y la ventura de América.

18 DE ENERO 1817

Al atardecer del 18 de enero de 1817, las primeras tropas del Ejército Libertador se ponían en marcha hacia la cordillera. El 24, se desplazaban las restantes.

Una muchedumbre de amigos y parientes los acompañaba a pie y a caballo.

Oíanse las recomendaciones postreras, los últimos cariños para las criaturas amadas que partían en esa expedición de muerte y de gloria. Dejaban sus hogares y su suelo en nombre de un ideal heroico y el mayor número de esos valientes jamás regresaría.

•

Un grupo de personas los acompañó hasta el primer vivac.

Otros, los despedían desde el Plumerillo, con sombreros y pañuelos, vivando a la Patria, al General en Jefe y a la tropa.

En disciplinadas columnas se iba alejando el Ejército Libertador hasta perderse con las primeras sombras del anochecer en el misterio de los enormes Andes.

La leal y benemérita capital de Cuyo sintió de pronto el desconsuelo y la zozobra del holocausto y lo soportó con estoicismo.

•

"DIOS ME DE ACIERTO PARA SALIR BIEN DE TAMAÑA EMPRESA".

•

Las columnas más considerables de la expedición, comandadas por el general San Martín, debieron tramontar por el paso de Los Patos.

La artillería y el parque, a las órdenes del coronel D. Gregorio de Las Heras, por Uspallata.

Columnas auxiliares avanzarían por el Norte y por el Sur a fin de que todo Chile fuese, a la vez, conmovido y sublevado.

●

Movíase léntamente la tropa entre los enormes macizos.

Muy arriba, los lampos de nieve; muy cerca, la roca empinada, el torrente o el despeñadero sin fin; adelante, la travesía y en rededor la soledad y el silencio pavoroso.

●

Cuatro cordilleras tenían que atravesar y todo estaba medido: la marcha, el descanso, las raciones.

Se cargó lo imprescindible para asegurar el viaje.

El criollo, parco en el comer y resistente a los rigores del clima, soportaba con firmeza la escasa ración y el precario abrigo.

La puna que ahoga los podía matar y al entumecerse, a varillazos se quitaban el frío de la sangre.

Y con todo, setenta soldados se llevó la muerte.

●

Había que defender con guarniciones de cuero los pies destrozados de las bestias y fregarles las narices con ajo, a causa del soroche a puna.

De cada tres caballos se perdieron dos y la mitad de las mulas.

●

Aguantaron penosos recorridos, casi sin agua, sin leña y sin pastos.

Y en los vivaques, templaban la vihuela para cantar al terruño y fortalecerse con su recuerdo.

¡Quién oyera la voz grave y sonora del General en Jefe entonando un cielito!

San Martín, junto a sus hombres, también cantó.

Proseguían sigilosos, sin la voz del clarín, trasmitiéndose las órdenes por medio de palmadas.

Uno de los esfuerzos más difíciles consistió en mover cañones, cureñas y avantrenes.

El capitán Beltrán había inventado palanquines, zorras y aparejos para subir escarpas, descender a plomo y sortear precipicios.

Todo se conseguía con paciencia y subordinación.

●

Ya en la altura, el viento helado y la sequedad del aire les partían la piel como un filo invisible, y al trepar las cuestas, los animales se detenían cada tres minutos para no desfallecer.

●

El torbellino que azota de muerte, el rayo, la borrasca blanca que sepulta hombres y bestias, cualquier temblor de la atmósfera o estremecimiento de los crestones podía concluir con tanta virtud y deshacer el fruto genial del Héroe de los Andes.

•

Por último, auxiliándose siempre como hermanos, descendieron hacia los puntos defendidos por las avanzadas enemigas.

Necochea y Lavalle despejaron a sable y lanza los boquetes, permitiendo que se unieran las columnas patriotas.

12 DE FEBRERO 1817

El General en Jefe del Ejército de los Andes, *"con la victoria en la cabeza"*, se dispuso a librar el combate.

Al frente de las tropas ondeó el símbolo blanco y celeste que las patricias cuyanas habían trabajado con amor.

El General O'Higgins arremetió impetuoso; el general San Martín lo sostuvo con su valor sereno hasta que Soler, ya sobre el enemigo, definía el triunfo.

•

"¡Chilenos generosos!: corresponded a los designios de los que arrostran la muerte por la libertad de la patria".

•

El sargento Maximiliano Toro llevaba un oficial español que se había rendido.

—Mira qué fortuna, sargento: sesenta onzas de oro. Guárdalas y déjame huir...

—Yo no necesito oro; he venido a cumplir con mi deber.

Y lo entregó a su jefe.

•

El capitán D. Manuel de Escalada, en tres días y medio sorteó la cordillera. "¡VICTORIA!" —exclamó en la plaza mendocina, mientras tremolaban un estandarte ganado en la lid.

•

"Gloríese la admirable Cuyo de ver conseguido el objeto de sus sacrifios", oficiaba al Cabildo de Mendoza el general San Martín.

•

"*¡Gloria al restaurador de Chile!*" —escribíale el director Pueyrredón—. "*Ayer ha sido un día de locura para este pueblo*".

•

Pero el vencedor de Chacabuco había emprendido un magno plan y necesitaba más soldados, más armas y recursos.

•

El Cabildo de Santiago le obsequió 10.000 pesos en onzas de oro y el general San Martín, al renunciarlas, dispuso la creación de una biblioteca.

"*—Yo deseo que todos se ilustren en los sagrados derechos que forman la esencia de los hombres libres*".

•

—Amigo mío, Chile es un baluarte. Urge fortalecer la Alianza Argentino-Chilena que será el nervio de la acción.

—Esa alianza vive pujante en ambos pueblos porque defienden el mismo ideal de ser libres y soberanos.

—Con esta alianza —repuso el general San Martín— la revolución será invencible.

—Lo que ahora me preocupa —agregó el general O'Higgins— es unir nuestros esfuerzos para preparar la expedición al Perú.

—Eso es. . .o viajaré inmediatamente a Buenos Aires a fin de considerar ese punto con mi gobierno.

19 DE MARZO 1818

El general San Martín, de regreso en Chile, había concentrado las tropas con el propósito de librar una importante batalla.

Los españoles tenían la certeza de su derrota y comprendieron que una agresión nocturna lo podía salvar.

Era un viernes santo a las 10 de la noche.

—¡Todo se ha perdido!

—¡No puede ser. . .

¡Es una noticia falsa!

El sobresalto de Mendoza crecía por momentos.

Por fin llegó el correo semanal de todas las carreras.

—¿Hay cartas?

—¿Hay oficios de Chile?

•

Las familias se iban enterando y una terrible angustia destrozaba los corazones.

—El ejército de los Andes ha sufrido una completa derrota en Cancha Rayada. No se sabe si el general San Martín ha muerto o vive.

●

Temíase en Cuyo la inmediata invasión y no había tiempo que perder. Las autoridades, enérgicamente, despacharon órdenes y pusieron a la provincia en pie de guerra.

●

A poco, la ciudad de Mendoza sacaba el llanto y salía de su profunda ansiedad.

—¡Oficios del general San Martín!

El ejército se ha salvado y se reorganiza.

El prudente coronel Las Heras pudo salir con su división intacta.

Pronto la nieve cerraría los pasos y Mendoza, infatigable, se apresura a remitir los socorros exigidos.

●

En idéntica forma procede el animoso y leal pueblo chileno.

Con incertidumbre y congoja rodea al general San Martín.

"—¡Chilenos!: la patria existe y triunfará. Yo enpeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sud".

●

Un hombre humilde quiere abrazarlo.

El general desmonta y lo estrecha en un gesto generoso y fuerte.

—¡Viva el general San Martín!

—¡Viva la patria!

CHILE
5 de abril
1818

El General en Jefe del Ejército Unido quería honrar la causa de Chile.

"—El sol que asoma en la cumbre de los Andes —anunció en el campo de Maipú— *va a ser testigo del triunfo de nuestras armas".*

●

—Los señores jefes deben estar persuadidos de que esta batalla va a decidir la suerte de toda América."

De este modo, el general San Martín trasmitía su gran pensamiento al Estado Mayor, algunas horas antes del terrible choque.

●

Cuando el Director Supremo de Chile, general O'Higgins, advirtió que se iba a empeñar el combate no pudo contener su ímpetu y, pese a la gravedad de su herida, concurrió desde Santiago, con algunos refuerzos, al sitio de la contienda.

De una ojeada comprendió la victoria.

Tendió su caballo al galope hasta reunirse con el general San Martín, a quien abrazó:

"—¡Gloria al Salvador de Chile!"

"—General: Chile no olvidará jamás su sacrificio presentándose en el campo de batalla con su gloriosa herida abierta."

●

—O'Brien, le invitó a pasar un día de campo.

—Conforme, mi general; hay un cielo radiante.

—Alce usted la cartera de Osorio, que le daremos una ojeada.

Era el primer domingoo después de Maipú.

El general San Martín y su fiel ayudante partieron hacia un sitio próximo y agreste, donde al pie de unos árboles, descansaron.

—Esta cartera —expresó el general San Martín— contiene los secretos de Osorio. ¿Quiere usted abrirla y pasarme los papeles

El vencedor de Maipú comenzó la lectura de los documentos.

Entérese usted de estas felicitaciones a Osorio cuando nuestro desastre de Cancha Rayada.

O'Brien exclamó:

—¡Escritas por chilenos! Es un acto que merece castigarse.

—¡Nunca! —repuso con rapidez el Libertador—. Ya estarán arrepentidos de su flaqueza y le aseguro que pueden ser hombres útiles a su patria. O'Brien!: esto debe quedar en riguroso secreto.

—Descuide, mi general.

Al cabo de unos minutos, las llamas consumían los ingratos papeles.

●

La conquista del Reino de Chile aseguraba la ruta militar al Perú.

●

Serias meditaciones consumían la mente del Capitán de los Andes, ante el fracaso del empréstito prometido por Buenos Aires para costear la campaña libertadora.

"—*No hay remedio* —escribíale su firme amigo, el general Pueyrredón— *los 500.000 pesos no se sacan de aquí, aunque las cárceles se llenen de capitalistas.*"

Pero el general San Martín no quería encarcelar a nadie. Y mandó su renuncia.

●

¡La renuncia del General en Jefe del Ejército Libertador!

Un rayo que estalla y todo lo consume con su fuego no hubiera causado mayor desquicio entre los patriotas.

El dinero se consiguió y el general San Martín pudo permanecer al frente de la extraordinaria empresa.

●

También Chile se mostraba remiso.

Su naciente marina, triunfante y gloriosa, adueñóse de las aguas e infundió al país seguridad prematuras.

Despejado el Pacífico se supuso que desaparecería toda amenaza para la libertad de Chile.

●

Entonces el general San Martín, presa de indecible tribulación, dispuso que el Ejército de los Andes regresara a Mendoza.

Y Chile comprendió el desamparo y el peligro de su actitud.

●

El Héroe de los Andes era un titán solitario que luchaba contra los hombres, las cosas y la naturaleza.

●

Horas de infortunio se desataban sobre las Provincias Unidas del Sud.

El director Rondeau había ordenado al general San Martín que bajara con sus regimientos a contener la rebelión de los caudillos.

Pero el Jefe del Ejército Libertador jamás derramaría la sangre de sus hermanos.

●

En esos meses sentíase muy enfermo. Los disguestos y penurias agravaban su dolencia a punto de muerte.

Y quiso separarse del mando del ejército en vista de su "postracción absoluta".

Al obtener consentimiento para retirarse a los baños de Cauquenes, en Chile, repasó la cordillera, en camilla, sobre los hombros de sus soldados.

1º DE FEBRERO 1820

Triunfantes los caudillos en la guerra civil, sucumbía el Directorio.

Caído el gobierno de la Nación, el general San Martín consideró que su autoridad como Jefe del Ejército de los Andes había caducado y dispuso que la junta de oficiales eligiera, por voto secreto, quién lo debiera comandar.

●

"—Opino que la autoridad proviene de las necesidades y de la salud del pueblo que no han variado."

"—El pueblo quiere ser libre y por nuestra opinión, no acepta ni conoce otro jefe que el general San Martín".

"—Como oficiales del Ejército de los Andes así lo sostenemos y declaramos".

●

Y se firmó el Acta de Rancagua.

20 DE AGOSTO 1820

Por último triunfó el impulso heroico de los dos países y el día de San Bernardo zarpaba el Ejército Unido Libertador del Perú, a las órdenes, en tierra y mar, del Generalísimo D. José de San Martín.

El gobierno de Chile había designado al Lord Cochrane, almirante de su escuadra.

●

¡El ejército! —urgían los peruanos—. El ejército, aunque sea de cuatro mil hombres!

Y ese ejército, acababa de salir.

●

Al dejar la costa chilena, el generalísimo proclamó:

"Voy a emprender la grande obra de dar libertad al Perú".

"Fiado en la justicia de nuestra causa y en la protección del Ser Supremo, os prometo la victoria".

●

En otro saludo despedíase del suelo natal, desgarrado y sangrante por la anarquía:

> *"Sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado, y que no he tenido más am-*

bición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos."

●

La expedición llegó sin inconvenientes a puerto peruano y la tropa fue aleaccionada por el generalísimo:

"Acordaos que vuestro gran deber es consolar a América y que no venís a hacer conquistas sino a libertad pueblos."

●

El general San Martín celaba con rigor, como siempre, la conducta de sus soldados.

Robar, vertir una gota de sangre fuera de la lucha, ofender con insultos a los pobladores o con excesos a la moral y a las costumbres, merecía la muerte.

"Acordaos que toda América os contempla."

HUMANIDAD, CORAJE Y HONOR

●

En alguna residencia de Lima, podíanse oír ciertos comentarios.

—Según me refiere mi amigo, el Dr. Monteagudo, el plan que se ha propuesto el general San Martín consulta varios resortes.

—A ver, explícate...

—Mover las tropas por tierra y por mar, de modo que confundan al enemigo y lo fatiguen...

—¿Para aniquilarlo en un segundo Maipú?

—El Ejército Libertador es muy reducido para tal hazaña; tendría que vencer a ventitrés mil combatientes en tierras desconocidas y zonas insalubres. El general defiende el tesoro de sus hombres y en lo posible busca "victorias sin sangre".

—¿Y de qué manera?

—Su idea consiste en difundir la obra revolucionaria, en inculcar sus sagrados principios; en mover las voluntades y la opinión del país.

—Mucho se espera de la pluma... ¿Y lord Cochrane?

—Debe bloquear el Callao hasta que se rinda. Te diré que la gente ha declarado a los castillos una "guerra de recursos", sin cuartel.

—¡Curioso plan!

—No te admires. Medita la idea del general San Martín: libertar y no someter. El sabe que la liberación es, sobre todo, un acto de las almas fuertes, instruidos en la verdad, y juzga la guerra como un recurso extremo...

—Naturalmente: cuando los principios justos no consiguen triunfar de otra manera.

—Así es.

—Dime, ¿y el general Arenales?

—Es el único que tiene orden de combatir; su propósito en la sierra es que las provincias se subleven e independicen. ¡Sacudir a los habitantes para que ellos mismos arrojen sus yugos!

—El libertador de Chile confía en el Perú. ¡Confiemos nosotros en él!

●

Y así, *"con paciencia y movimientos"* —como en una partida de ajedrez— cayó la noble y aristocrática ciudad de los virreyes.

Libres de los españoles, los municipales invitaron al Libertador a ocupar Lima.

●

Luego de la solemne declaratoria de la independencia de la Nación, el general en Jefe del Ejército, expresaba:

> *"...aún hay en el Perú enemigos exteriores que combatir; y, por consiguiente, es de necesidad que continúen reasumidos en mí el mando político y miltar."*

3 DE AGOSTO 1821

Y retuvo el gobierno con el título de Protector de la Libertad del Perú.

●

Por esos días comunicábase con su leal confidente, el Director de Chile:

> *"Espero que mi permanencia (como gobernante) no pasará de un año, pues usted, que conoce mis sentimientos, sabe que no son mis deseos otros que vivir tranquilo y retirarme a mi casa a descansar".*

●

Cerca de dos meses después, exhausto por el hambre, rendíase el Callao, invicta plaza y último reducto del Pacífico.

●

La frente del estrategia genial se había coronado con el laurel sin mácula.

Sólo suya era la gloria y de ninguno más.

●

—¿No conoces la simpática novedad?

—¿A qué te refieres?

—¡Cómo! Un estudiante de la Universidad de San Marcos ignora que el Protector acaba de ceder sus libros para que se funde la Biblioteca Nacional de Lima...

—Es una actitud plausible; aunque te diré que más conmueve la emancipación de los indios y de los negros, porque subyugar a los hombres, como sostiene el mismo San Martín "es un atentado contra la naturaleza".

—Lo reconozco; ¿pero de qué sirve la libertad sin la verdadera luz? Por eso el Protector también ha dicho: *"La ilustración hace felices a los pueblos"*.

—¿Sabes que, además, ha prohibido los azotes en las escuelas?

—Como en Mendoza, cuando era Gobernador de Cuyo. A ese respecto me contó un mozo del Tucumán, que como estudiante de primeras letras en Buenos Aires, allá por el año 13, le tocó botar a las llamas el odioso rebenque del colegio, interpretando la orden de la Asamblea de quemar en la Plaza de la Victoria los instrumentos de tortura pública. ¿Qué me dices?

—De tales pueblos, tales hombres...

●

"Lima y setiembre 23 de 1821.

"Señor D. Bernardo O'Higgins.

"Compañero y amigo amado:

"Al fin nuestros desvelos han sido recompensados con los santos fines de ver asegurada la independencia de la América del Sud. El Perú es libre; ....

"En conclusión, yo ya veo el término de mi vida pública, y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos seguros, y retirarme a un rincón a vivir como hombre.

....

"Adiós, mi querido amigo; mil abrazos a su señora madre y amable Rosita. Se repite como siempre su

San Martín."

●

—Coronel Santa Cruz: el general Sucre, paralizado por los contrastes, solicita socorros para proseguir la campaña de Quito. Concurra usted sin pérdida de tiempo e integre la división con los jefes argentinos Olazábal y Lavalle.

—Bien, mi general.

Así, el Libertador del Sur, acudía reiterada y desinteresadamente en auxilio del Libertador del Norte.

21 DE ABRIL
1822

Al pie del Chimborazo, noventa y seis Granaderos de los Andes, poseídos de la bravura de su jefe, atacan y derrotan una caballería cuatro veces superior.

Es la proeza de Riobamba.

El comandante Lavalle —dijo entonces Bolívar— *es un león que hay que enjaular para soltarlo el día de la pelea.*

24 DE MAYO
1822

Entre el Cotopaxi y los nevados picos del Pichincha, en un terreno fragoso, hirsuto de bosques, se libró la última batalla por la libertad de la provincia quiteña.

•

Los valientes del Norte y del Sur habían celebrado su alianza en el campo de la victoria y juntos rendían la sangre por un mismo sueño: la redención de América.

•

Al conceder el valioso refuerzo a las armas de Colombia, el general San Martín había procedido *"sin ambición y de buena fe"*. No tuvo inquietud por el predominio o la ventaja militar sobre Guayaquil, ni pretendió imponer condiciones. Su precepto político permanecía inmutable:

QUE SE PRONUNCIEN LOS PUEBLOS LIBRES

Y como camaradas marcharon las tropas del Sur a recibir órdenes del general Antonio José de Sucre.

CONFERENCIA DE GUAYAQUIL
1822

La alianza de los ejércitos del Norte y del Sur, apresuró la conferencia de los generalísimos.

Ambos tenían que hablar de sus próximos planes.

Los dos Libertadores se abrazaron en Guayaquil.

Fuertes y poderosos, en la plenitud del triunfo, podían mudar con un gesto la suerte de América.

Las multitudes imaginaban, tal vez, a los dos afortunados jefes —concluida la aflicción de la lucha— unidos y felices en la victoria.

Pero no fue así. Juntos no cabían en el Perú.

El hijo del Plata, "el batallador fuerte", padeció entonces, en secreto, el combate más arduo e ignorado de su existencia.

Pronto el mundo conoció el temple de su virtud.

ANTES LA CAUSA DE AMERICA

Por los pueblos que se prometía ver libres y dichosos, pospuso fama, honor y gloria.

Como un hombre oscuro y sin mérito, se apartó de la escena brillante y envainó para siempre la espada impoluta.

•

Así fue su holocausto.

> *"Este costoso sacrificio, y el no pequeño de tener que guardar un silencio abosluto (tan necesario en aquellas circunstancias), me obligaron a dar este paso que comprometía mi honor y mi reputación, con esfuerzos que no está al alcance de todos poder calcular."*

•

Así se explicaba el general San Martín con el Presidente Castilla en 1848.

> *"Mi partido está irrevocablemente tomado: he convocado al Congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el único obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército a su mando."*

20 DE SETIEMBRE 1822

"Al deponer la insignia que caracteriza al jefe supremo del Perú —expresaba el Protector ante el primer Congreso Constituyente— *no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón."*

Despojado de la banda y cumplida su renuncia, sujetó en su falucho de general la escarapela albiceleste y se retiró de la memorable junta.

•

Esa noche, el mismo Congreso lo proclamaba:

FUNDADOR DE LA LIBERTAD DEL PERU

El Héroe de América había dejado de ser hombre público.

Instantes después, en la quinta de Pueblo Libre, entregaba sus últimas confidencias a D. Tomás Guido.

—¿Qué manda usted para su señora en Chile? El pasajero entregará puntualmente cartas o encomiendas.

—¿Quién es ese pasajero y cuándo parte?

—Soy yo. Mis caballos están listos para conducirme al puerto de donde zarparé esta misma noche.

—Así se enteraba D. Tomás Guido de la inflexible voluntad del ciudadano:

"Retirarse a un rincón a vivir como hombre."

Un asistente comunicó que la escolta y los caballos para le viaje se hallaban prontos.

D. José de San Martín abrazó efusivamente a su amigo, y conturbado por tristes pensamientos se despidió para ir a tomar la nave que lo conduciría a Chile.

●

El general Bernardo O'Higgins lo recibió con su cariño de siempre y dispuso que se alojara en una finca de su propiedad.

Las recientes emociones y los viejos achaques habían disminuido la fortaleza del soldado. Una enfermedad de más de dos meses le retuvo en Chile y en esa desdicha recibió la solicitud más tierna de la madre y de la hermana del amigo dilecto. Por fin, sumamente débil, pudo pasar a Mendoza.

●

Clareaba en la cumbre. Un pequeño grupo ascendía la cuesta con lentitud.

El joven Manuel de Olazábal divisó a D. José de San Martín que venía montado en una mula zaina. Resguardábase la cabeza con un fino guarapón de Guayaquil, y los hombros con el chamal chileno.

Ya en presencia de su coronel, el antiguo cadete no pudo menos que abrazarlo y derramar incontenibles lágrimas.

—¡Hijo! exclamó el prócer con dulzura, y acarició la cabeza del intrépido granadero que a los dieciséis años peleara como segundo de la escolta del general en jefe.

El joven Olazábal le ayudó a desmontar. Luego le invitó a servirse mates y un poco de bizcochuelo.

—¡Me ha fatigado esta subida!

El mate de café lo reconfortó y sintióse con fuerzas para proseguir la ruta.

—Bueno será que bajemos de esta cumbre donde en otro tiempo me contempló la América.

Doña Josefa Huidobro le hospedó en Mendoza y a los dos meses las atenciones y cuidados le devolvieron la salud.

Su esposa y su niña le esperaban en Buenos Aires. Su esposa muy grave, a punto de morir.

El Libertador de las Provincias Unidas del Sud, siempre disciplinado, solicitaba consentimiento de la autoridad para salir de Cuyo.

Ni su conducta intachable, ni sus eminentes servicios consiguieron modificar la actitud recelosa del gobierno de Buenos Aires, escarmentado por la guerra fraticida.

Para ese gobierno San Martín significaba un militar peligroso. Y un nuevo dolor tendría que añadir a sus amarguras: la muerte de su joven esposa sin el consuelo de su presencia.

●

A raíz de ese infortunio consigue permiso para dirigirse a Buenos Aires. En la patria que había fundado para todos los hombres, miles de personas sentíanse como dueños en el país redimido y afincaban sus hogares con altivez.

●

Entró de incógnito a la ciudad que lo había victoreado con delirio. Más que la indiferencia y la ingratitud, un silencio temeroso caía como un sudario sobre su fama inmortal.

Pero la muchedumbre humilde reuníase junto a la casa del héroe. En la hora del sacrificio le había entregado centenares de reclutas para los batallones de la libertad y sabía decir su emoción al genio cuyas victorias habían conmovido al mundo y coronado la patria de laureles.

●

En orden sus documentos y negocios, marchó al ostracismo, solo, con su pequeña hija.

●

Meses después escribía a don Bernardo O'Higgins, entonces exiliado en el Perú:

"Desde fines del año pasado me he establecido en ésta (Bruselas). Lo barato del país y la libertad de que se disfruta, me han decidido a fijar mi residencia aquí hasta que finalice la educación de la niña, en que regresaré a América para meterme y concluir mis días en mi chácara y separado de todo lo que sea cargo público, y, si es posible, de la sociedad de los hombres."

●

Su modo de vida en Bruselas fue austero, entre privaciones y angustias.

Le preocupaba la educación de Mercedes, a quien, por tal motivo, había pensioado en un instituto de señoritas, mientras él moraba en los alrededores y servíase de un abono para almorzar en la mesa redonda de un café del centro, cuyo recorrido de quince cuadras debía cumplir diariamente.

1829

El persistente propósito de volver lo trajo a Buenos Aires a poco de la infauta revolución que no le permitiría pisar el suelo querido.

"Mi presencia en el país en estas afligentes circunstancias —escribía a O'Higgins, también en el destierro—, lejos de ser de alguna utilidad, no es más que embarazosa." ....

....

"Por lo tanto, he resuelto regresar a Bruselas, al lado de mi hija, en donde permaneceré los dos años que juzgo necesarios para que concluya su educación. Finalizado este tiempo, regresaré a mi patria en su compañía."

●

Paso a paso se agrava la penuria en la vida austera del Libertador, y otra vez se dirige a la bondad del amigo para rogarle "algún socorro lo más pronto posible."

"Si no tuviera esta hija, yo sabría soportar hasta la última necesidad; pero ella me obliga a variar mi plan."

1832

El cólera se declara en París —donde se ha establecido nuestro prohombre con la niña —y ambos sufren el horroroso contagio.

●

El noble chileno consigue para su infortunado camarada una ayuda, no por reducida menos valiosa, en medio de la infelicidad y los sinsabores.

"Un millón de gracias por tan oportuna remesa..."

●

Esto le permite salir de los más urgentes empeños y, sobre todo, ofrecer todo, ofrecer a Merceditas el sencillo ajuar para su boda con el joven Balcarce

"He aquí cuanto he aspirado para el bien y la felicidad de mi hija."

•

¿Hasta cuándo proseguirá esta existencia de zozobras y estrecheces? La ingratitud de los países que libertara se volvía muy dolorosa.

Arruinados por pasiones y guerras civiles, olvidaban al Héroe de los Andes que desfallecía pobre, desvalido y enfermo.

•

Hay circunstancias que sólo Dios puede explicar en el destino de los hombres.

D. Alejandro Aguado y D. José de San Martín habían combatido juntos por el honor de España.

Eran los tiempos de Bailén.

El mozo andaluz no pudo olvidar el espíritu ni el temple de su admirable compañero.

Acaso el mensaje de América le reptió muchas veces el nombre del camarada que no había vuelto a ver.

Como un arco iris sobre los corazones, París consagraba la amistad perpetua entre el hijo de Sevilla y el criollo de Yapeyú.

•

Don Alejandro María Aguado, marqués de las Marismas del Guadalquivir, era *"el más rico propietario de Francia"*.

Tenía renombre y poder.

"Le soy deudor —escribía el Capitán de los Andes— *de no haber muerto en un hospital de resultas de mi larga y penosa enfermedad."*

Con el apoyo del amigo pudo obtener, cerca de París, una cómoda casa de campo, "GRAND BOURG" donde transcurrió su vida retirada y hogareña.

Allí, en medio de los suyos, distribuía el tiempo entre la lectura, el amor de sus nietecitas y los paseos hasta "Petit Bourg", próxima residencia del marqués de Aguado.

•

La amistad con el extraordinario bienhechor fue perdurable.

El famoso banquero andaluz distinguió a su amigo del alma aún después de la muerte: nombróle primer albacea, así como tutor y curador de sus hijos menores.

También le dejó sus joyas personales y condecoraciones, mostrando de ese modo hasta qué punto le amara y prefiriera.

Merced a ese cariño espléndido tuvo el Libertador una ancianidad sin angustias ni desdoros.

Como en los duros comienzos del cadete de Murcia, la España inmortal, siempre madre, asistía y confortaba al hijo de América.

1848

La salud del noble abuelo se quebrantaba más y más.

Había cumplido setenta años y sus ojos ya no podían leer como antes.

Por ese tiempo tuvo que residir en Boulogne-sur-Mer debido a la revolución que había estallado en Francia.

Esta novedad le trajo disgustos e inquietudes, sobre todo por su joven familia.

En Boulogne habitaron el último piso, el más modesto, en la casa de la Grand Rue 105.

Resultábale penoso al ilustre anciano descender las muchas escaleras, y por esa razón se privaba de la felicidad de recibir en el puerto noticias de Buenos Aires, al arribo de algún paquebote procedente del Plata.

Complacíase con la amistad de predilectas personas, una de las cuales, en sus recuerdos, se refiere a las conversaciones del patricio:

> *"Hablaba con entusiasmo —dice— de la prodigiosa naturaleza de Tucumán y de las otras provincias, y abrigaba fe viva en el porvenir de aquellos países."*

1850

El 6 de agosto hizo un paseo en carruaje y de regreso se sintió tan débil que sólo conducido en brazos pudo llegar a su morada.

Días después, agudísimos dolores le acometieron con violencia, y mejoró al beber la pócima de costumbre.

●

El 17 de agosto se levantó serenado y quiso pasar a la habitación de Mercedes para oír la lectura de las noticias.

Después admitió que le sirviesen algún alimento.

Nadie sospechaba su próximo fin.

Cerca de las dos de la tarde le atacaron los insufribles dolores y tuvo que tenderse en el lecho de su hija.

Transcurrieron unos minutos de tranquilidad.

De pronto, con lenguaje quebrantado, pidió que alejaran a Mercedes. Fue su último esfuerzo. Pocos instantes más y su alma heroica se recogía en el seno de Dios.

Eran las tres en punto del 17 de agosto de 1850.

●

"Acabó sus días con la calma del justo..."

Sobre su corazón descansaba un crucifijo; dos religiosas ofrecían oraciones por la paz de su alma.

Seis señores y un niño acompañaron al Libertador del Nuevo Mundo hasta la iglesia de San Nicolás, donde se rezó el responso.

El corto séquito pasó inmediatamente a la Catedral de Nuestra Señora, en cuya cripta se dispuso el ataúd.

●

Así con toda modestia, como había vivido, y suspenso de las ternuras y afabilidades de los seres que amaba, concluyó sus días el primer soldado de la libertad de América.

●

TESTAMENTO DEL GENERAL D. JOSÉ DE SAN MARTIN (Fragmento)

"4º — Prohíbo que se me haga ningún género de funeral, y desde el lugar en que falleciere se me conducirá directamente al cementerio sin ningún acompañamiento, pero sí desearía que mi corazón fuera depositado en el de Buenos Aires."

Este libro, fuera de comercio
se terminó de imprimir en
Artes Gráficas FAIJA Hnos.
Brandsen 4728,
Buenos Aires, Avellaneda
el 25 de julio
de 1978